

## La Adoración

**Juan Andrés García Román**

### Capítulo 10. La Fundación del Kibbutz La Adoración.

Entonces habríamos de pensar que si nuestras particulares melancolías hacia una sola muchacha de estatura media se mezclaban y fundían solidariamente, proyectarían la memoria del “eterno femenino” en forma de mujer gigante y que, del mismo modo, si cada uno de nosotros añoraba un determinado “momento” feliz, todos juntos seríamos capaces de soñar un tiempo prometido.

De esta manera, con unas ciertas nociones de poesía social y a sabiendas de que la unión hace la fuerza es como fue inaugurado el kibbutz, al que primero dimos el nombre de Aurora y más tarde el de La Adoración.

Mi propósito de morir de belleza o diluir mi origen y mi nacimiento insertándome en el tiempo caleidoscópico del arte o el recuerdo no fue del todo sustraído del “plan general”, si bien se mezclaron con él todo tipo de inquietudes políticas, performativas, ecológicas y funambulistas en un irrefrenable afán de globalidad y, he de decir, entusiasmo.

Por ejemplo, en el kibbutz se pretendería que las estaciones volvieran a un orden natural, de modo que cada una de ellas se rigiera por uno de los colores primarios. Butterfly dijo que ya lo había visto hacer: tomó una bicicleta herrumbrosa y sin ruedas que encontró arrojada a un lado de la vieja era del trigo. Dijo que se lo habían enseñado aquellos hombres que jugaban al fútbol con repollos de col: tomó la bicicleta y clavó su manillar y una barra posterior en la tierra junto a la era, se sentó en el sillín y, sencillamente, pedaleó. Enseguida, aquella era milenaria de losetas enormes y forma radial se puso a girar como un tiovivo.

¡¡¡Hacedle sitio al elefante!!! ¡¡¡Hacedle sitio al elefante!!!

Pronto el doctor Armitage Shanks comenzó a difundir su concepto de naturalización de la historia económica:

En un principio era la oferta. Y la oferta estaba dentro de Dios y la oferta era Dios —decía.

Entonces, abogaba porque la bonanza del mundo llegaría con el regreso a un estado en que la demanda quedara relegada como pecado y la oferta se satisficiera a sí misma de un modo hermafrodita. El ser-en-sí-mismo-para-sí-mismo, es decir, una lombriz en forma de rueda, eso era Dios antes de la creación. Y así llegará un momento en que el mercader dejará en el mostrador las monedas y su brazo se retraerá sobre sí mismo hasta tocarse

el hombro con la mano: como un culturista que enseña los tríceps, así, ¿ves?, así. Y lo mismo harán con sus brazos extendidos los mendigos. Y unos y otros seremos felices y todo se cerrará y los sexos en el Siglo de los Círculos y no habrá ningún anhelo.

Así que tocarse el hombro con la mano fue el saludo oficial del “movimiento” y todos lo hacían a mi paso.

Pero más interesante era la explicación que Shanks dedicaba al Dasein y al uso:

Dejo el objeto sobre la mesa en espera de que con el tiempo y la erosión adquiriera alguna utilidad, solidaridad, forma o ser.

En cierta ocasión me enseñó una cerilla y me dijo ¿Ves?, ha germinado. Tapó con su pulgar el palito de la cerilla y dejando sólo visible la cabecita roja de fósforo, me dijo Ahora es pura potencialidad o semilla, pero basta con que lo riegue tu mirada para que a esto que parece un grano de mijo le brote el tallo de la utilidad y se ofrezca a la primavera humana y sea mundo. Entonces recorrió con su índice el palito sentenciando A esto me refiero; esto, ¿ves?, es la Sorge, la Sorge, la Sorge...

Al hilo de esa Sorge contaba la experiencia de un cuchillo de sierra: Lo dejé un tiempo mientras filosofaba sobre el advenimiento del espíritu encima de la mesa y cuando volví la sierra del cuchillo había crecido como una extraña hierba: ahora el cuchillo debía ser usado como un peine. De esta manera llegará el tiempo del triunfo de la estética sobre la ética y el advenimiento de la paz perpetua —decía.

Y así fue inaugurado el kibbutz con una fiesta de apertura en que se sirvió bebida proletaria y comida proletaria sin olvidar un menú infantil elaborado en una olla con garbanzos y cascabeles.

Lo único que enturbió los primeros días del “proyecto” fue la muerte del sherpa, el muchacho que yo había contratado para que me ayudara a escribir el poema y me condujera al alto instante de tiempo absoluto. En efecto, el sherpa no se adaptó al clima del kibbutz y las elevadas temperaturas pronto le ocasionaron problemas respiratorios. Es cierto que pude salvarle la vida en primera instancia: al tercer día encontré al sherpa tendido en el suelo y jadeando... En el kibbutz no había posibilidad de solicitar ayuda médica ni oxígeno, de manera que tomé en mi mano una bola de árbol de Navidad, se la acerqué al rostro y al reflejarse su nariz aumentada de tamaño en la bola de cristal, logró una larga y profunda inspiración. Así pudo sobrevivir un día, concretamente el día cuatro de la estación azul, al final del cual entregó su espíritu.

Y ahora junto a su tumba pasan las noches con sus días como meretrices del brazo de señores.

(De La adoración, inédito)

## Capítulo 11. El sueño de la sangre y los chambelanes.

Al día siguiente entra en mi celda un escarabajo empujando una bola de nieve. ¿Es posible? Me asomé a la ventana: ¡ningún árbol se llama yo, todos se llaman tú, ils s'appellent elles! El movimiento es un disfraz, movimientos como de crisálida que el alma hace como para salir de sí, del movimiento... ser todo, excepto lo que nunca fuiste: nada.

Excepto lo que nunca fuiste: nada. En efecto: ha nevado. Y me apresuro a salir a jugar.

— ¿No irás a decir nada a la policía?

— ¡Crudelix! ¡Cuánto tiempo hacía que no te veía y de que tan extraña forma has encanecido!

— Soy muy desgraciado, ya es el segundo hijo que pierdo... El primero murió tan pequeño que lo enterramos con el dedo metido en la nariz.

Los dos nos reímos.

Crudelix se sentó en el suelo, puso un puño sobre un tronco cortado, encendió un cigarrillo y lo hizo descansar en el hoyuelo de entre dos de sus nudillos, usando así su mano de cenicero. Fumó con ansia. — ¿No irás a decir nada a la policía?

— Nosotros los poetas y filósofos somos topos metódicos que horadan, como el rayo, verticalmente la tierra, atravesando la discontinuidad de Mohorovicic, luego la de Dahm y Gutenberg hasta alcanzar el núcleo candente del planeta, del que extraemos nuestro peculiar saber intuitivo. Allí, en el magma, es donde hemos depositado a tu hijo, el cual sabía mucho de alturas y bajuras y por ese noble fin me acompañó. Tú no lo abandonaste. Ni yo te lo compré.

— ¿Y ahora cómo vas a llegar a tu instante vertical? Ahora mi hijo está muerto, figurín.

— Sí, y los muertos son horizontales como los cocodrilos. Pero la bella naturaleza me proveerá de formas: una mariposa con las alas plegadas es una cuchilla roja exactamente perpendicular al cielo. Eso es el instante. Si el sol se pone en los márgenes es porque no soportaríamos su fulgor en el centro de la bóveda, ¡la erupción del Vesuvio!: “morir como las alondras sedientas en el espejismo”.

— Algún día el diablo dará cuenta de ti.

— ¿De qué diablo hablas?

— ¿Recuerdas aquella araña segadora de larguísimas patas que se deslizó un día desde el cementerio inclinado? La vi en las manos de Muñequissimo, él la creía una margarita y le arrancaba una a una las patas pensando en su duquesa: me quiere, no me quiere, me quiere... Pero yo sé que era el diablo mismo preguntándose por su existencia: existo, no existo,

existo, no existo, existo, no existo, existo, no existo.

— ¿Y bien? Son ocho patas, tú lo has dicho: no existe.

¡Jajaja, figurín, recuerda que el diablo habla, cuenta y camina al revés! El diablo existe y un día vendrá a arrasar todo lo que has montado.

— Sólo estás enfurecido por la pérdida de tu hijo. Está bien, yo me ocuparé de que le erijan un monumento.

Luego traté de consolar a Crudelix. Le dije que la pérdida era el paso hacia una adquisición “verdadera y esta vez completamente interior”, que de los datos que poseía de su hijo, él podría crear un doble capaz de habitar en la geometría histórica y que allí su hijo sería un hombre mejor y más pleno y que, como en esa región de la que hablaba no había tiempo, podría jugar con sus recuerdos como con una historia que se cuenta de forma aleatoria hasta no tener fin. Recuerda, le dije, que la cercanía de la muerte es sólo un umbral hacia una posibilidad infinita. Ser todo.

(Excepto lo que nunca fuiste: nada).

Pero fue así también que al hablar mucho de aquel modo, la gente del kibbutz comenzó a traerme al umbral de la celda una infinidad de animales moribundos y de frutas podridas para ver qué podía hacer yo con aquello.

Sí, reacciones así me provocaban contrariedad. ¿Cómo no? Sí, sí, por supuesto que hubo otras ocasiones ¿Está dispuesto a que hablemos de eso? De ningún modo. No grabe esto. Quería terminar de hablar... ¿Qué hace? ¿Pero qué está haciendo? Sí, sí, está bien, hablemos, hablemos, pero volvamos antes a aquel día. ¿Qué hora es? He dicho que no grabe esto, se lo ruego.

(Cambio de cinta) (a.1, 1987, convoluto tres)

¿Ya?

...Antes de irse, Crudelix me pidió dinero, le dije que no usábamos esa divisa en el kibbutz, pero insistió en acompañarme a mi cuarto. Corrí las cortinas. Estaba cansado. Cerré los ojos, enterré dos semillas, soñé con un castillo lleno de escaleras que suben y bajan chambelanes llevando en escudillas la sangre del rey. Los observo. Creo que se dirigen al patio de armas. En efecto. Allí, en un lebrillo grande, escancian la sangre. Uno de los chambelanes me dice que tengo que recordar, que tengo que recordar, que tengo que recordar lo que amo antes de que la sangre del rey se coagule. Intento recordar, recordar, recordar pero no me viene el rostro de ella a la cabeza. Me pongo nervioso. Todos los chambelanes están ya abajo y me rodean, me rodean. ¡Demasiado tarde! —dicen— ¡demasiado tarde!, ¡la sangre del rey ya se ha coagulado! Entonces los chambelanes y yo tomamos puñados de sangre y nos los lanzamos como si fuera nieve. ¡Somos libres! —dicen mientras pienso: ¡Qué gelatinosa oscuridad!

(De *La adoración*, inédito)